

Julio Ramón Ribeyro, artista literario (Segunda perspectiva)

CARLOS EDUARDO ZAVALETA
Universidad Nacional Mayor de San Marcos

cezavaleta@hotmail.com



En esta breve nota nos proponemos acentuar puntos esenciales del Ribeyro novelista. Nos interesa su condición de escritor nacional, peruano y latinoamericano, y ya no más la figura de ese escritor limeño que fue en sus comienzos, el cual echaba de menos el que no hubiese una novela de la gran ciudad de Lima.

Las cosas ya no son así. Él ha contribuido mucho a que esa novela sobre Lima, y en general sobre la costa peruana, se escriba y se difunda. De las tres novelas que publicó, *Crónica de San Gabriel* (1960) es la de una “visita juvenil” de un costeño a la sierra, donde suceden las aventuras principales (y las literarias, como en las obras de grandes novelistas peruanos), incluyendo el despertar espiritual, amoroso y sexual. Ya sabemos que como resultado de vivir esa turbulencia, el joven visitante se asusta ante el estallido de fuertes pasiones, y como resultado del espectáculo no previsto de antemano, se retira de esa experiencia incompleta y vuelve a su amada costa, al refugio maternal de siempre.

Por supuesto que Ribeyro entiende que esta experiencia no es definitiva, y cinco años más tarde, en 1965, regresa al único diálogo que todavía falta animar en el país, el diálogo, ojalá cuerdo y sincero y limpio, entre costa y sierra. Pues Ribeyro nos da en *Los geniecillos dominicales* el ambiente que conoció muy bien, el de la “clase” especial” que forman los estudiantes, para él una clase social distinta, y muy favorable a la introspección psicológica, al despertar vital, y a los primeros contactos con el arte de la literatura, el arte que noso-

tros y él practicamos en la generación de los cincuentas. Ésa es su novela íntegra sobre Lima, donde primero nos ofrece un panorama juvenil, alegre, burlón, una comedia de aprendices donde la formalidad no existe, hasta que por fin surgen las tintas oscuras, el “cambio”, la turbulencia, y por fin la sombra y el drama.

Por último, la tercera novela, *Cambio de guardia* (1976) que él siempre dedicaba a sus amigos con la explicación de que “era una novela fallida, pero que algo se podía salvar de ella”, está asimismo ubicada en Lima como escenario y epicentro conectado con todo el país, pues nadie, ni los escritores, nos salvamos del odioso centralismo de Lima. Después de todo, los “cambios de guardia” aquí son y han sido muchos, pero no nos han hecho felices. El libro es una sátira, una burla de costumbres provincianas y casi rutinarias en la política criolla. Sí, *Cambio de guardia* se publicó, en 1976, y desde entonces, los críticos, excepto González Vigil, no se han ocupado de ella por la sencilla razón de que esa novela es diferente, distinta, y no pueden aplicar en ella moldes trillados y convencionales. Actuar así es desconocer la esencia de la generación del 50, a la cual perteneció Ribeyro. Sus principales escritores buscaron justamente lo diferente y lo innovador, pues eso revelaba en el fondo un ánimo experimental de la literatura, un ánimo creador y revitalizante.

En otro aspecto, Ribeyro cumplió asimismo un deseo ferviente de los verdaderos escritores en prosa: manejar todos los géneros posibles, ser cuentista, novelista, autor de teatro, ensayista y además un sembrador en el género epistolar y el de aforismos, epigramas en prosa, pensamientos breves, que rematan en juicios o metáforas, y sirven para conocer aún más el mundo en que vivimos, una especie de enciclopedia personal de intimidades, un terreno nuevo entre los diarios y los hallazgos cotidianos, unas prosas mínimas como frutos y corolarios, una suerte de salvavidas del intelectual para no ahogarse en sus ideas incompletas. Tan lejos ha ido Ribeyro en esos diarios íntimos o aforismos, y en las ediciones sucesivas de sus *Prosas apátridas* (1975 y 1979), convirtiéndolo en un largo libro marginal e in-

clasificable que, sin embargo, es el rebrote feliz de una nueva faceta del escritor infatigable.

Con esta actitud poliédrica y creciente, se confirma el afán creador y experimentalista de Ribeyro. Lo que importa en el fondo es el desarrollo de la prosa, que ésa es la verdadera conquista en que lo acompañamos sus colegas del 50.

No es posible imaginar cómo era esa pedestre, ruda, poco civilizada y nada maleable prosa que hallamos nosotros; con la excepción de Diez Canseco y de alguna indigenista respetable, como María Rosa Macedo, autora de *Hombres de tierra adentro*; el resto de escritores usaba una prosa infantil, repetitiva, incapaz de valiosas meditaciones o de ofrecer diálogos pertinentes o lampos de poesía. Vargas Llosa los ha llamado “los telúricos”. Tuvimos que aplicarnos mucho a los ejemplos de la poesía y prosa de grandes escritores latinoamericanos, o de espléndidas traducciones de novelas de categoría mundial, de Dostoieski, de Tolstoi, y leer a Stendhal, Balzac, y los existencialistas franceses, y los nuevos novelistas italianos, ingleses y norteamericanos. De toda esa labor receptiva, surgimos desde muy abajo, desde donde la gente se ahoga y no puede respirar más, hasta el milagro de la nueva luz de Borges, la nueva luz de Joyce, la nueva luz de Pavese, Poe y Kafka. Ésa fue toda una conquista, salir de los provincialismos y entrar en la modernidad.

Por suerte, al mismo tiempo que nosotros, surgió igualmente un nuevo grupo de críticos ponderados, serios, capaces de apreciar los cambios literarios propios del siglo XX. Estuardo Núñez y José Jiménez Borja constituían un ejemplo entre los maestros de ayer y hoy, y entre los críticos jóvenes surgieron Jorge Puccinelli, Luis Jaime Cisneros, Alberto Escobar, y con el tiempo les seguirían, brillantes, Antonio Cornejo Polar, el hermano de éste, Jorge Cornejo Polar, así como Ricardo González Vigil con su inacabable entusiasmo por la nueva literatura. En esto sí tuvimos mucha suerte. Ellos si entendieron nuestros nuevos cambios. ¿Y dónde surgieron esos cambios? Pues en la estructura del cuanto y novela, en el estilo, en esa “magia

verbal” que Escobar halló primero en Ricardo Palma y luego en nuestro grupo.

He dejado adrede para el final, la maestría de Ribeyro en el cuento; he publicado numerosos artículos y ensayos sobre este tema específico. Ahora debo subrayar el enlace simbólico y extraordinario de los temas de Ribeyro con la sociedad peruana. Cuentos como “El líder”, “La vida gris”, “Gallinazos sin plumas”, “Por las azoteas”, “De color modesto”, “Los hombres y las botellas”, “El próximo mes de nivel”, son ejemplos que se enlazan con la idiosincrasia de nuestra sociedad y con actitudes simbólicas que reconocemos casi al instante. El ambiente de pobreza y retaceo está ahí, las debilidades de carácter, los “descubrimientos” y chascos cotidianos están ahí, en la realidad primero difusa y luego clarísima, el contrapunto de calma y violencia, la osadía de una postura propia frente a la rutina, el medio pelo gris, preferible a la brillantez, que embota los ideales, el racismo atávico que resurge en cualquier momento de descuido, y hasta la falta de buenos hábitos como el ahorro, todo ello nos pinta como somos, como no podemos ser de otro modo.

Hay contrapuntos, sí, pero que no son repentinos, hay alegría final, sí, pero tampoco la alegría parece una diosa. Alguna vez Salazar Bondy le añadió matiz a nuestra actitud criolla del “casi, casi”, “casi metimos un gol, hermano, estuvo cerca”, las medias tintas llegaron aquí para quedarse, Su gran cuento “La vida gris” es como un valedicto nacional. Pero toda esta mirada social se ofrece en Ribeyro de modo minucioso, en que los detalles deleitan como un viaje de succión a la verdad, de la credulidad a la huella perversa y al fin descubierta.

El mundo ha crecido ante los ojos del crédulo, pero el mundo se ha reducido en esperanzas. Y de pronto “Silvio en el rosal” es una ilusión, una flecha hacia el futuro, los demás detalles son menos que la nueva dirección.

Si como resultado de este proceso creador, el cuentista Ribeyro es abundante y rico, pues en seguida tenemos el “segundo aire” de Ribeyro, las prosas breves y los diarios, las cartas y añadidos y sus

derivaciones; este Ribeyro minimalista es asimismo brillante y perdurable. Cuando todavía no existían pequeñas sombras entre ellos, Vargas Llosa le rindió un homenaje, a página entera en el ABC de Madrid (“Ribeyro y las sirenas” del 14 de julio de 1984) por estos textos, cortados de un patrón donde la prosa poética y las ideas dibujan un campo propio, fecundo y novedoso. Hubo otros escritores que también, hacia los ochentas, se iniciaron en los cuentos brevísimos.

En fin, tenemos, pues, muchas razones para agradecerle a nuestro autor y fraterno amigo por su obra multifacética, que nos ofrece un abanico de estancias y viajes, prosísticos, poéticos e ideológicos, un terreno donde el contrapunto, la sátira y la comedia humana se disputan las líneas maestras de una segunda y riquísima veta que lucha con la del cuentista. Tesoro doble para el lector amigo, aunque ahora nos falte tiempo y no nos dediquemos a sus piezas de teatro.

Y nada más, excepto sostener algo que escribí en mi ensayo original, “Ribeyro, artista literario”, de 1996: “Haberlo conocido de muy joven”, delgado, frágil, y algo desordenado que se alimentaba mayoritariamente de cigarrillos sucesivos que podrían o no mezclarse con la comida frugal o con una mulita de pisco en el chino de la esquina, disponiéndonos a viajar de Miraflores a Lima, a una de nuestras primeras veladas literarias. La gran sorpresa la han dado los años transcurridos. Ese joven muy poco amigo de hablar, pues todavía seguía pensando antes de hacerlo, ese joven acabó teniendo una colmena de ideas sobre la vida, el tiempo, las tareas y la muerte. Acabó siendo todo un pensador y asimismo un tejedor de pequeños misterios que nos habitan sin excepción. Acabó aproximándose a la filosofía como una tarea quizá más fácil que los trabajos con horarios y compromisos. Su aire desgarrado inicial acabó en un método, en un estilo, en una visión del mundo contemporáneo, aquí y en ultramar, y válida para toda la segunda mitad del siglo XX.

Ahora, al concluir el año 2009, viendo el rico y variado grupo de narradores en acenso dentro de la crítica (me refiero a Eleodoro Vargas Vicuña, Enrique Congrains Martín, Sebastián Salazar Bondy,

Tulio Carrasco, Luis Loayza y José Durand), y viendo asimismo los valores de otras generaciones, declaro, por primera vez en público, que me complace mucho el haber iniciado en 1948, con mis cuentos y novelas cortas, este renacimiento de la narración en el país y haber contribuido a modernizar y difundir los ejemplos de Joyce, Faulkner, y de otros grandes autores contemporáneos.

Lima, diciembre de 2009